

—No veo...—añadió éste.—¡Dios mio! ¿Qué me pasa?... ¡La voz espira en mi garganta!...

Y cayó desplomado en el sillón de caoba que le ofreció García.

—Ya duerme,—dijo éste despues de observarle.—Tardará en despertar un buen rato, pero despertará. No puede quejarse de su suerte; otros no han despertado.

Cerró la ventana, apagó la lámpara que alumbraba la estancia y fué á buscar al indio.

Capítulo LI.

Donde se vé que no todo sale á medida de lo que desean los malvados, aún cuando salga mal.

—¡Ya está durmiendo!—dijo García al indio.—Toma esta candileja y vé á hacerle compañía.

El indio miró con recelo al paje.

—¿No quieres ir?

El indigena vaciló un momento, pero al fin tomó la candileja y dijo al paje:

—Guiadme.

García le llevó á la estancia donde dormía Mendez.

—Vela á su lado,—le dijo,—y mañana temprano vendré á buscarte para que te embarques.

Esta última promesa animó al indio.

García salió, cerrando la puerta.

Diego Mendez y el indigena quedaron solos.

El demonio de la ambicion se habia apoderado del indio.

Un sentimiento natural, espontáneo, le decia que iba á cometer una mala accion.

Diego le habia salvado de la muerte.

Si con su poderoso brazo no le hubiera arrancado del abismo, hubiera perecido en él como sus compañeros.

Pero en último caso, no era tan mala accion la que iba á llevar á cabo.

Los planes de Colon se realizaban.

Los soberanos tendrian pronto noticia de sus descubrimientos, y el almirante no se privaba de la cooperacion de uno de sus más leales servidores.

El indio se acercó á Diego.

Le miró con la mayor atencion durante un cuarto de hora.

—Su sueño no es natural,—se dijo despues de observarle.—Le han dado un beleño, y esto es una horrible infamia.

Convencido de esto, se acercó á la mesa en donde aún estaban los restos del festin.

Examinó los jarros, y no tardó en descubrir el narcótico en el jarro en que habia bebido Mendez.

Consistia el brebaje en una ligera infusion de hojas de manzanillo.

El sueño que producian era profundo y doloroso.

—¡Cómo sufrirá!—pensó el indio.—¡Oh! Yo no debo consentirlo, seria una iniquidad. Hay un medio de despertarle casi instantáneamente, pero necesita-

ria salir de aquí para buscar las plantas que destruyen los efectos del manzanillo.

En aquel momento descubrió la ventana.

Aunque con trabajo la abrió, y vió con gran placer que oscuros nubarrones ocultaban la claridad de la luna.

—Todos duermen,—se dijo;—puedo salir por la ventana, buscar la planta, volver y dársela. ¡Oh!... Pero antes,—añadió,—me apoderaré del pliego.

Y acercándose á él, registró su escarcela.

La respiracion de Diego le detuvo.

Más que respiracion, parecia aquello el estertor de la agonía.

El indio se apoderó del pliego, y antes de partir frotó con agua las sienas de Mendez.

—Voy á buscar el remedio,—se dijo.

Y trepando con la agilidad de un gato montés, saltó al campo.

El fresco que entraba por la ventana dulcificó la temperatura, y Diego pudo respirar mejor.

Cuando volvió el indio con el antídoto, estaba ya más tranquilo.

Entonces pensó que no debia despertarle hasta momentos antes de partir.

—Si descubriese la felonía que he cometido,—se dijo,—me mataria, y yo no tendria valor para defenderme de él.

De cuando en cuando frotaba con agua fresca las sienas del soldado.

Esto parecia consolarle.

Al fin comenzó á amanecer.

El indio introdujo en la boca de Mendez una hoja de la planta que habia ido á buscar.

Despues machacó las otras, y las echó en un vaso.

Movió el líquido durante cinco minutos, y dió con él fricciones al soldado en las sienes, en las muñecas y en la nuca.

Aún no habia terminado la operacion, cuando oyó los pasos.

Poco despues se abrió una puerta y apareció en ella Garcia Perez encubierto con un tabardo y con el birrete muy echado sobre los ojos.

—¿Estás pronto á seguirme?—dijo al indio.

—Cuando gustéis.

—¿Tienes en tu poder lo que buscabas?

—Sí.

—Pues en marcha.

Garcia estaba muy preocupado, y ni siquiera se apercebíó de que la ventana estaba abierta.

Cerró la puerta con llave, y salió con el indio hácia la playa.

—Tengo encargo de llevarte á la carabela que vá á partir en breve para España,—le dijo.

—¿Sin ver al gobernador?

—No es necesario.

—Vamos entonces.

—Vé delante.

El indio obedeció.

Los dos avanzaron hácia la playa.

En la bahía habia varios buques agrupados.

Separados de ellos habia una carabela.

—En aquel barco has de ir á España,—dijo Garcia al indio.

Este se detuvo extasiado á contemplarle.

El paje sacó el brazo de debajo del tabardo.

En su diestra brilló un puñal.

—¡Dios te valga!—exclamó, y sepultó el puñal en el cuello del indio.

Este cayó lanzando un ¡ay! terrible.

Garcia se bajó para apoderarse del pliego que llevaba.

Pero en aquel momento sintió una mano de hierro en su garganta.

—¡Favor!—gritó.

Y quiso repetir aquella palabra, pero no pudo.

Su adversario le habia extrangulado, y yacia en tierra al lado de su víctima.

Mendez, que como habrán comprendido nuestros lectores, era el que habia castigado al infame paje, comprendió tarde, pero á tiempo aún para salvar su vida, que no podia contar con Ovando.

Sin detenerse, y creyendo llevar en la escarcela el pliego de Colon para los reyes, tomó el camino de las minas de Haina.

—Miguel Diaz es bueno,—se dijo;—le contaré lo que sucede y él me prestará auxilio.

Aguijoneado por el temor de que Ovando enviase gente en su persecucion, llegó en breve tiempo.

Diaz le escuchó con interés.

—De una canoa puedo disponer,—le dijo;—id en

ella con un hombre de toda mi confianza que os daré y volved adonde está Colon para traerle. Aquí le respetarán, y el gobernador no tendrá más remedio que poner á su disposicion cuando ménos una carabela.

Diego aceptó la proposicion, y con un indio de los más fieles á la esposa de Miguel Diaz, partió en una canoa para las costas de la Jamáica.

Pronto veremos las nuevas desventuras que le acaecieron en esta expedicion.

No habia hecho más que partir cuando se presentaron en su seguimiento tropas que expidió Ovando en distintas direcciones para que le buscasen.

La muerte de su paje le habia irritado en extremo.

Cuando le esperaba con el pliego, oyó rumor en la antecámara de su palacio.

—¿Qué es eso?—preguntó.

El capitán de guardia entró en su aposento á notificarle que en la playa habian aparecido muertos el indio y García.

Cuando supo los detalles de aquellos asesinatos, mandó llamar á Diego Mendez.

Le buscaron en todas partes sin hallarle, y no dudó que él habia sido el que habia asesinado á García.

—Conducid los cadáveres á palacio,—dijo,—y que partan inmediatamente destacamentos en busca del asesino.

Sus órdenes fueron obedecidas.

Cuando estuvieron los cadáveres en el palacio, fué el gobernador á verlos.

Mandó que le dejaran solo, y buscó entre el cinturón del indio el pliego que deseaba poseer.

No estaba.

Creyendo entonces que se habria apoderado de él su paje antes de morir, registró la escarcela de García y tampoco halló el anhelado documento.

Su desesperacion llegó al colmo.

Aguardó con ansia á que volvieran los que habia enviado en persecucion de Mendez, y cuando regresaron y supo que no le habian hallado, cayó en la mayor consternacion.

Si hasta entonces habia sido un tirano, á partir de aquel momento, viéndose completamente perdido, aumentó su crueldad.

Deseoso de arrebatár á Colon el nuevo triunfo que le sonreia, meditó un nuevo plan para destruirle.

Los malvados no cuentan nunca con la Providencia; pero la Providencia tiene siempre en cuenta sus acciones.

Capítulo LIII.

Donde se ven las nuevas desventuras que acaecieron á
Diego Mendez

Diego Mendez y el indio, que ya era cristiano y completamente adicto á los españoles, remaron con fiebre durante todo el dia y lucharon como héroes contra las encontradas corrientes que combatian su endeble barquilla.

Antonio, que este era el nombre que habia tomado el indio al bautizarle el venerable padre Las Casas, comprendia el deseo de Diego, y sacaba fuerzas de flaqueza para vencer los escollos y llegar cuanto antes al término de su viaje.

Un fuerte vendaval los empujó hácia la costa de una isla que uno y otro desconocian.

De pronto se vieron rodeados por una multitud de canoas, tripuladas por indios caribes.

Como era natural, cayeron en poder de sus enemigos y fueron conducidos á la isla.

Cerca de la orilla habia una choza, y en ella los dejaron con guardias de vista para que no pudieran escaparse.

El jefe de la tribu pidió como presea del combate al indio Antonio.

Se habia entregado á los españoles, pertenecia á lo raza de los débiles que habian dejado dominar su país, y queria castigarle con un martirio lento.

En cuanto á Diego Mendez, convinieron en sortearle entre los indios de la tribu.

Aprisionados los dos, procuraron por todos los medios posibles escaparse; pero cuantas tentativas hicieron fueron infructuosas, porque el jefe de los caribes habia tomado sus medidas para que no pudieran burlar la vigilancia.

Al dia siguiente separaron á Antonio de Diego Mendez.

Estaba preparado el martirio para el indio, y conociendo éste los infames deseos del jefe de la tribu, se entregó á la más horrible desesperacion, y luchando á brazo partido con los caribes, que se complacian en atormentarle, no tardó en sucumbir á sus manos.

Con arreglo á las costumbres de aquellos feroces salvajes, le descuartizaron y llevaron sus miembros á la choza del jefe, para que los pusiera á curar y los empleara en un banquete para celebrar su triunfo.

Diego Mendez asistió al horrible espectáculo de estas operaciones, y aunque le importaba poco morir,

en aquella ocasion necesitaba vivir, porque de su vida dependia la de Colon, á quien tan inmenso afecto profesaba, y la conquista más preciosa de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

Necesitaba mucha energía, mucha presencia de ánimo para desafiar el peligro, y no le faltaron en aquella ocasion.

Por la tarde fueron á buscarle á la choza en donde le tenían confiado.

Los indios se habian embadurnado con las colores de gala.

Láminas de oro de mala ley, pero relumbrantes; guaninos toscos, plumas vistosas de papagayo y colibrí, estas eran las galas con que se habian embellecido para asistir á la ceremonia del sorteo del blanco, el cual deberia en el acto ser sacrificado y asado vivo en una hoguera que encendieron al efecto para el festin con que se proponian completar la diversion.

Uno de ellos habia estado prisionero en una de las carabelas del almirante, y aunque poco, entendia lo bastante el idioma de Diego Mendez para poder ser intérprete entre él y los demás indios.

Una inmensa alegría reinada entre todos ellos, y apenas sacaron de la choza á Diego Mendez, formaron un círculo en torno suyo, y unidos por las manos, prorumpieron en gritos y brincaron como energúmenos para significar el alborozo que producía en ellos aquella magnífica fiesta.

Diego Mendez estaba vacilante.

No sabia qué hacer.

Por una parte podia emplear la fuerza, aprovecharse de la sorpresa que causaria en ellos su actitud amenazadora, y luchando con aquellos hombres, abrirse paso hasta el mar.

Pero la empresa era muy arriesgada.

No era posible triunfar de aquella multitud de hombres, y aunque en el primer empuje pudiera dejar unos cuantos fuera de combate, era seguro que en reuniéndose todos ellos y cayendo sobre él, le aniquilarian en un instante.

Por otra parte podia valerse de la astucia, y prefirió este sistema por ser el que más probabilidades de éxito le ofrecia.

Dirigiéndose al indio que podia entenderle:

—Prestadme un momento atencion,—dijo.

—¡Si, sí!—gritaron todos en su idioma.—Oigámosle, oigámosle.

—Soy vuestro prisionero, y no tengo la menor duda de que la suerte que me espera es morir desastadamente, despues de haberos servido de juguete algun tiempo. Me resigno, y para probaros que el valor de los blancos es indomable, que nada hay en el mundo que pueda quebrantar su fé, que hasta el martirio es un goce para ellos, voy á proponeros un medio de sacar todo el partido posible de mi muerte.

El indio transmitió á los salvajes la proposicion, y todos se mostraron muy contentos de ella.

—En primer lugar, debeis sortearme,—añadió Diego Mendez.

—Eso desde luego,—dijo el indio.

—¿Pero de qué modo?

—Con piedras blancas y encarnadas, según se acostumbra en nuestra tribu.

—¿Y no sería más digno de guerreros como vosotros, disputar brazo á brazo una presa tan importante como yo? El vencedor de todos ese sería mi dueño, y al que lo sea le ofrezco enseñarle á manejar la espada y el arcabuz que me habeis quitado al aprehenderme; y el que tal sepa, podrá luchar mano á mano con los blancos.

Esta proposición entusiasmó á los caribes.

—Si, si,—dijeron.

Pero uno de ellos manifestó que, mejor que luchar entre sí, sería ponerse en fila, disparar las flechas, y atravesar con ellas un árbol que marcaran al efecto.

La idea fué aceptada, y Diego Mendez aseguró que él con su arcabuz atravesaría el árbol, para demostrarles su destreza en el manejo de las armas.

Diéronle, en efecto, el arcabuz, y mientras disparaban sus flechas los caribes, lo cargó con diez ó doce balas, y cuando más entretenidos estaban los indios, disparó á quemarropa sobre un grupo de ellos.

Los indios, asombrados al pronto, y condolidos después de los gritos y lamentos de sus hermanos, que sucumbían, acudieron en su auxilio, en tanto que Diego Mendez, subiendo á una canoa que estaba atracada á la orilla, se puso en salvo á fuerza de remo.

Esto fué lo que le salvó de la muerte.

Aquella noche, después de luchar largo tiempo

con las olas, que jugaban con su endeble barquilla, pudo encontrar el rumbo de la costa de la Jamáica, y llegar al paraje en donde las dos carabelas de Colon eran el único asilo de aquel gran hombre y de los españoles, que tan lejos de su patria, y expuestos á las mayores penalidades, aguardaban con ansia el refuerzo que se prometían del gobernador de Santo Domingo.

Era la media noche cuando un marino que estaba de centinela vió á lo lejos una endeble barquilla y oyó los gritos del único hombre que la tripulaba.

Inmediatamente participó al almirante lo que había descubierto, y este envió dos canoas que había adquirido de los indios para que salieran al encuentro de Mendez.

El fiel servidor de Colon llegó hasta el camarote en donde estaba enfermo el gran hombre, y su llegada, en vez de animar, desalentó á los españoles.